

Actual (Mérida) (23): 37-48,
Octubre de 1992.

Quinientos años de América. Descubrimientos, encuentros, desencuentros

Domingo Miliani

*A Leopoldo Zea y Miguel León-Portilla
maestros y amigos de siempre*

Descubrimientos

Quinientos años después ya no somos tan nuevos ni tan jóvenes, aunque ciertas deudas ahora impagables nos hagan proyectar hacia el mundo con cierta irresponsabilidad adolescente.

¿Qué más quieren de nosotros cuando nos identifica un acta de nacimiento inscrita en los anales de lo fantástico?

Ilusos navegantes, el primero don Cristóbal nombrado, nos leyeron en la Atlántida platónica ⁽¹⁾ y hasta sintieron o presintieron un nuevo mundo naciente en las proféticas lecturas de Séneca:

*Venient annis saecula seris
quibus oceanus; vincula rerum,
laxet et ingens pateat tellus
tethysque novos detegat Orbes
nec sit terris ultima Thule* ⁽²⁾

Culto y alucinado abuelo del Quijote, don Cristóbal fundió y confundió aquellas remotas premoniciones clásicas con otros tantos equívocos medioevales de navegantes y cartógrafos. Así, escritor fantástico, concibió un mundo en el cual era posible que coexistieran la isla de San Brandan, tomada de las leyendas portuguesas de navegantes marinos, con la isla de Pracir o Prasil, dibujada en el Atlas Medicis (1351), y en el Pizigani (1367), junto a la Antilia de Andrea Bianco (1436) y todo ello tan cerca de Europa, apenas a 6.500 millas de las costas ibéricas, frente a Lisboa, naturalmente por la ruta occidental que conducía a Catay, no sin tropezar antes con Cipango. Con este hermoso amasijo de equívocos y conjeturas, se nos inventa y dibuja, más que descubrirnos realmente. Y en todo ello no se diga que no hay fusión o mestizaje, si no de sangres y culturas, por lo menos de espejismos y delirios. Agréguese que don Cristóbal fue asiduo lector del best-seller siglo XIV escrito por Jean de Madeville, su famoso *Libro de las maravillas*. Cómo puede sorprendernos entonces que el audaz navegante muriese sin saber a dónde había llegado, pero sí cuánto le correspondía en el reparto, del cual tampoco salió muy bien librado por cuanto le quedamos debiendo desde entonces.

Quienes vinieron después, lectores de aventuras caballerescas, según Leonard, tiñeron la conquista americana "con relatos aparentemente auténticos de lugares fantásticos, de riquezas, monstruos y encantamientos y desde entonces ardieron en deseos de descubrir las realidades que describían y de posesionarse de ellas" ⁽³⁾ Sobre esas andanzas, ha escrito Ida

Rodríguez Prampolini su hermoso libro *Amadises de América* que es decisivo en ese campo. ⁽⁴⁾

El discurso de los descubridores y exploradores magnifica, pues, nuestra acta de nacimiento como una de las más amplias antologías de literatura fantástica, aún por compilar. En medio de monstruos descomunales que transitaban por una geografía ambigua cuyas coordenadas nos situaban entre el Paraíso Terrenal y tal vez el Hades o el Mictlan, qué pequeña, débil y deslucida se presentaba aquella criatura morena de quien se dudó hasta el extremo de discutir teológicamente si tendría alma acreedora a ser cristianizada, o era bestia exterminable. La discusión no importó mucho. De todas maneras lo cazaron igual.

Nuestro indio americano marca la deflación de lo fantástico y el comienzo de la polémica europea sobre un buen o mal salvaje, que irá invadiendo gradualmente todo el espacio histórico mediante comparaciones negadoras o deprimentes de la geografía, la flora, la fauna. Lo fantástico se torna cotidianamente pobre e irrelevante, en un largo historial que ordenó e ironizó admirablemente Antonello Gerbi en su libro *La disputa del Nuevo Mundo*. ⁽⁵⁾ La crónica se oficializa al servicio de la Corona —como decir de la cultura de conquista—, gana en pretendida veracidad o verosimilitud lo que pierde en imaginación o divertida fantasía. Así, lo magnífico o fabuloso con que fuimos admirados como criaturas recién descubiertas, decayó hasta el raquitismo. La historia posterior descubrió que no éramos tan maravillosos o fantásticos sino, por el contrario, devinimos en degenerados mestizos, flojos por la mezcla de sangres, por el clima que determinaba nuestra desidia, luego sub-desarrollados, después en vías de desarrollo o despeque, menos favorecidos y, por último, deudores impenitentes o simplemente súbditos del Fondo Monetario Internacional. Sólo

pudo escapar de la generalización en algún momento, el rubio hermano septentrional, desde cuyas asombrosas atalayas, algún nuevo descubridor, el francés Michel Chevalier, enviado por su gobierno a estudiar las comunicaciones de los Estados Unidos, luego de pasar pocos meses en México y Cuba, anunció proféticamente nuestro sombrío porvenir, en estos términos que traduce, cita y estudia el Dr. Arturo Ardao:

Parece, pues, que los Anglo-Americanos serán llamados a continuar directamente, sin ninguna intervención exterior, la serie de los progresos que la civilización a la cual pertenecemos ha cumplido siempre desde que dejó el viejo Oriente, su cuna. Es un pueblo que tendrá descendencia, aunque, tal vez, tal tipo que allí domina hoy deba ser eclipsado pronto por otro; en tanto que los Hispano-Americanos parecen no ser más que una raza impotente que no dejará posteridad, a menos que, por uno de esos desbordes que se llaman conquistas, una ola de sangre más rica, venida del Septentrión o del Levante, no llene sus venas empobrecidas. ⁽⁶⁾

Así que de conquista en conquista, de siglo a siglo, de corriente en corriente ideológica gestada en Europa, seguimos siendo descubiertos o confundidos, pero no estimulados con una redundante manera de distorsionarnos con hipótesis fantásticas o minimizaciones que, de tan repetidas, pudieron generar nuestra minusvalía social, si no tuviéramos una definición étnica vigorosa por lo mezclada, para soportar las elucubraciones de una escurridiza homogeneidad.

Encuentros

Hace algunos años, en México, hubo intercambios dirigidos a la conmemoración de los cinco siglos de América. en esa oportunidad, el Dr. Miguel León-Portilla sugirió hablar de "Encuentro" de culturas, dos o muchas más, en lugar de Descu-

brimiento. Un gran ausente hoy, Emir Rodríguez Monegal, propuso la expresión "Diálogo de culturas", en un trabajo leído como ponencia. El mismo sirvió de Prólogo a la estupenda antología titulada *Noticias secretas y públicas de América*.⁽⁷⁾

Rodríguez Monegal iniciaba su texto con una reflexión que estimo básica. Coincidimos en aquella reunión. Me apropio ahora de ese párrafo, en homenaje a su autor, para apoyar parcialmente un planteamiento. Decía el crítico uruguayo:

Las Leyes de Indias crearon (en el papel) la ilusión de que la América Española era una: el Derecho, la Religión, La Monarquía, eran una. Uno, también el idioma castellano. (En la América portuguesa, existía la misma ficción legal; sólo variaba la lengua metropolitana). Esa ilusión persistió y aún persiste, en la imaginación de historiadores de la Hispanidad. Nunca fue real. Porque América Española, o Hispánica, o Ibérica (si se quiere incluir al Brasil), o Latina (para seguir la moda imperial impuesta por los asesores de Napoleón III), nunca fue, ni es, una unidad. Lo que caracteriza a esta América es la pluralidad de lenguas y culturas, el diálogo —no siempre audible— entre grupos rivales y hasta enemigos, diálogo que constituye, para bien y para mal, lo que se ha intentado definir como cultura latinoamericana. Sin embargo, en el período colonial la ilusión de una unidad era aún más fuerte que hoy cuando se habla (con qué facilidad) del Tercer Mundo.⁽⁸⁾

Las observaciones de Rodríguez Monegal resumen la tendencia a ver el problema cultural latinoamericano con óptica comprensiva o globalizadora que, en última instancia, aporta una tremenda simplificación. Se habla así de *la cultura indígena*, *la cultura hispánica*, *la cultura africana*; ésta cuando no resulta omitida. En ese caso tendríamos un encuentro de sólo tres culturas y podría malentenderse la propuesta del Dr. León-Portilla. Enfocado el problema en visión de acercamiento, habría que precisar si históricamente *la cultura indígena*

define en lo continental y, aun en un sólo país, la heterogeneidad que perfiló el mosaico etno-cultural pre-hispánico y sigue conservando su carácter en nuestros días.

Continentalmente habría que preguntar a cuál cultura **indígena** se alude cuando se llega a la generalización **simplificadora**. En el Altiplano Andino la indígena sería ¿la **tihuanaca**, aymara, mochica, quechua? En Mesoamérica ¿sería el conjunto nahuanse formado entre otros por olmecas, toltecas, **chichimecas**, aztecas? ¿Los otomíes seguirán siendo un enigma, como apuntaba el Dr. Angel María Garibay? ¿O se remitirá el **proceso** a las culturas mayenses: maya, quiché, cakchiquel, etcétera?

En un solo país, —hablo del mío más por razones de dolor **que de conocimiento**—, han ocurrido pintorescas **conceptualizaciones**. Cierta amigo historiador, formado en España y **Alemania**, decretó la inexistencia histórica de la cultura **indígena**. Otros hablan del indio como un todo. Pasan por alto **que sólo** en una sub-región, la zuliana, coexisten y apenas **sobreviven** culturas tan opuestas como la yupa, la apreria, la **numerosa** nación juayú o guajira. Ninguna de ellas se identifica **como** venezolana. Los juayú son venezolanos o colombianos **según** el grado de persecución desatada por los ejércitos de una u **otra** república; o durante las campañas electorales. Los **políticos** en oferta les tramitan identificación según el caso. Algo **similar** ocurre en otra sub-región, la amazónica o **sur-oriental**, donde se reparten un espacio cada día más restringido y **están** cada vez más acorraladas comunidades tan disímiles **como** las cariñas, pemonas, maquiritares, warao, algunas **encabalgadas** en las fronteras de Venezuela, Colombia y Brasil.

La cultura hispánica también soporta algunos interrogantes. ¿Era la España conquistadora un bloque etno-

cultural homogéneo? En su tradición histórica ¿no pesaron para nada los sucesivos “encuentros” de ibero-celtas, fenicios, romanos, árabes, germanos? Y para 1492, cuando se decreta la unidad político-religiosa, ¿no se produce el hecho, contemporáneo con los viajes colombinos, de discriminaciones y expulsiones de los judíos hispanos? ¿Se puede hablar hoy de homogeneidad plena de la cultura española? Las pugnas y reclamos de autonomía socio-política de los vascos, los catalanes e incluso los canarios, ¿serán indicios de esa homogeneidad?

George M. Foster, en su libro *Cultura y Conquista*, ha estudiado el proceso desde la perspectiva de una herencia española en América. Habla de “diversidad” cultural, en lugar de heterogeneidad.⁽⁹⁾ Apunta que los encuentros estratificados de las distintas culturas, conformadores de una posible homogeneidad, quedan selectivamente filtrados dentro de la “cultura de conquista”, al ser trasvasados a América.⁽¹⁰⁾ Hay más: en la cultura española transmigrada, aún cabe precisar si se remite a la castellana, o la catalana, o la andaluza, o la gallega, o la vasca. Foster incluye un cuadro de emigrantes españoles que pasaron a América entre 1509 y 1534. De los 7.641 registrados, las regiones con mayor representación fueron: Andalucía (2.245), Castilla La Vieja (1476), Extremadura (1.389).⁽¹¹⁾

Rosenblat y otros lingüistas han estudiado abundantemente la marca dominante del andalucismo en la conformación de los sociolectos hispano-americanos. Y también Foster, en lo antropológico, señala cierto predominio de objetos culturales andaluces en América. Pero a lo largo de toda la gesta conquistadora, sangrienta y traumática, el flujo de heterogeneidades de procedencia hispánica y, en general, europea, se yuxtapone a las heterogeneidades culturales del mundo indígena. Al equívoco del Descubrimiento se suma, pues, un encuentro de dos conjuntos heterogéneos.

Queda aún por dilucidar lo que un amante de la ciencia-ficción cinematográfica podría designar como encuentro del tercer tipo, tan segregado e ignorado como el mundo de las galaxias: *La cultura africana* omitida casi siempre por asunto urticante de la piel y para evitar la incomodidad de traerla por los cabellos. La condición esclava con que aquellos hombres oscuros, cazados como indios, vinieron a América, fue lo único de donde se pudo asir la teoría simplificadora de la homogeneidad. Goster cita a Herkovits para indicar los encuentros refractarios que los primeros negros esclavos de América escenificaron entre ellos. *La cultura africana* era también una diáspora doliente de senegaleses, congoleses, guineos, etc. ⁽¹²⁾ Todo esto, por mestizo, pone a pensar a un malintencionado sobre nuestro singular mestizaje. Además, ¿Puede hablarse de homogeneidad impoluta en alguna cultura, la italiana medioeval o renacentista, por caso, o la soviética y la húngara actuales? Eso, para no recordar los años de lucha que los irlandeses llevan en Inglaterra.

Si por encuentro entendemos controversia, enfrentamiento doloroso, con que se fue amasando nuestro crecimiento social para terminar unidos bajo una sola dominación de ayer y otra de hoy —como viene enfatizando el Dr. Leopoldo Zea—, hay que admitir que lo hubo en un caleidoscopio de espacios de procedencia, desde donde hombres y culturas convergieron aquí, para poner en colisión visiones antagónicas del mundo y, desde entonces, comenzaron los desencuentros.

Desencuentros

Cuentan de un héroe —hijo de un dios y una mortal, o viceversa— que un día bajó a la tierra, habitó entre los hombres, predicó una doctrina, pocos le creyeron, trataron de corromperlo. Como todo redentor, murió sacrificado. Luego ascendió a los

cielos. Unos recordaron que él había anunciado el regreso desde Oriente y lo confundieron con otro, que venía en defensa de sus creencias.

¿De quién se habla, de Cristo o de Quetzalcóatl?. El desencuentro procede del simple enunciado por mitemas que se actualizan en mitologemas al insertarse en las visiones náhuatl y cristiana del mundo.⁽¹³⁾

Debajo de la Catedral de México asomó otro día una enorme cabeza de piedra: la serpiente emplumada. Subyacía en el espacio. Estaba yuxtapuesta, no mestizada con la religión dominante. Por todos los rincones de América, en su toponimia, en su gastronomía y atuendo, en las festividades religiosas como el San Benito y el San Juan acompañados de tambores y máscaras rituales venidas de Africa, aflora la contienda de símbolos contrapuestos. Alejo Carpentier leyó en ellos buena parte de "lo real maravilloso americano". No es mestizaje, es contigüidad diferenciadora pero, ¿americana solamente? Dentro del socialismo, la Catedral gótica del Santo Rey Mathyas, se yergue como símbolo nacional. A un lado se erige un Hotel Hilton Internacional, sobre una colina de la vieja Budapest. Al pie de esa colina, uno transita en medio de termas romanas y música síngara. Todo esto sucede antes de la Perestroika. La heterogeneidad pareciera ser un rasgo inherente a cualquier cultura. Por lo tanto, nuestro mentado mestizaje, ni es único, ni nos define por singular, ni tiene por qué deprimirnos como producto ambiguo de sistemas europecéntricos con los cuales se intentan medir las distancias de las culturas "no europeas", a menos que se paguen los impuestos de occidentalidad.

Las tres vertientes iniciales (indígenas, africanas, hispánicas) cada una formada a su vez por una pluralidad de encuentros anteriores, en América coincidieron sin fundirse

del todo. Coexistieron o sobreviven por sobre las dominaciones de ayer y de ahora. Son culturas "de resistencia" en término preferido por García Canclini. Se han estudiado con criterios discriminatorios o sacralizadores. Devienen en mitología histórica con sus héroes y villanos.

Quinientos años después luce absurdo, aparte de inocuo, seguir reclamándonos daños y agravios recíprocos. Sería más provechoso replantearnos un enfoque historiográfico desacralizador, en términos de igualdad y donde lo común es una encrucijada por superar, más allá de los patrones implantados por una misma oligarquía, primero conquistadora, luego colonizadora, después colonizada, más tarde independiente y avergonzada de sus sangres impuras, contemporáneamente saqueadora, corrompida, morosa en sus deudas y siempre próspera.

El problema de hoy no es dictaminar sobre quiénes se portaron como niños buenos en medio de un contrapunto de asombros y desconciertos, en una reciprocidad de miedos sangrientos, dentro de una guerra de conquista y pugna de creencias. De ahí venimos. Eso está bien claro. Lo que permanece oscuro es adonde nos llevan o iremos a parar en este desencuentro de quinientos años, durante los cuales los grandes abandonados han sido y siguen siéndole aquellos abuelos cobrizos y negros, a quienes desintegramos en sus culturas, de tanto querer integrarlos a valores de imposición, que de poco nos van sirviendo ya moral y socialmente.

NOTAS

1. Carlos Castro Alonso, en su libro *La América de los historiadores primitivos de Indias*, refiere y comenta: "Platón, en su *Timeo*, habla de la Atlántida. Critias hace a Sócrates la más completa descripción de este gran continente, llamado así por ser gobernado, durante siglos, por los descendientes de Atlas, hijo de Poseidón y Cleito, donde vivía feliz una humanidad altamente civilizada. En los tiempos modernos se ha pretendido demostrar que los atlantes, en sus conquistas, llegaron a Egipto, dominando México, hasta la Península de Yucatán inclusive. Dos enormes cataclismos hundieron en el mar a este continente, dando origen a la tradición del diluvio universal, existente en varias religiones. Según esa teoría, los archipiélagos de las Azores, Madeira, Canarias y Antillas son restos de la Atlántida" (Cito por la edición de Valladolid, s.e. 1958, p. 68).
2. Castro Alonso, (*op. cit.* p. 68), traduce así los versos de Séneca:
"Años vendrán, con el transcurso de los siglos
en que el Océano, abriendo sus barreras,
dejará ver un país de extensión inmensa,
un mundo nuevo que aparecerá dentro de los dominios de Thetis,
y Thule no será límite del Universo".
Las referencias posteriores a los Atlas y a la obra de Mandeville, están tomadas de la misma obra.
3. Irving A. Leonard. *Los libros del conquistador*. México, Fondo de Cultura Económica. (Lengua y Estudios Literarios), (10 ed. esp.), 1953, p. 25.
4. De esta obra hay edición mexicana de 1948. El Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" lo reimprimió en 1977, dentro de su colección "Repertorio Americano". Por cierto, la misma escritora veracruzana tiene otra obra pertinente al tema que abordamos: *La Atlántida de Platón en los cronistas del siglo XVI* (1947).
5. México, Fondo de Cultura Económica. (Traducción e introducción de Antonio Alatorre, 1a. ed. corregida y aumentada, 1982).
6. Cf. *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", (Col. Enrique Bernardo Núñez), 1980.
7. Edición del compilador, Barcelona, Tusquets, Círculo de Lectores. 1984.
8. *Op. cit.* p. 8.

9. George M. Foster. *Cultura y Conquista. La herencia española en América*. Xalapa (México), Universidad Veracruzana, 1985.
10. Cf., especialmente el cap. II. "El concepto de 'cultura de conquista'". pp. 33-50.
11. *Ibid.* p. 67.
12. *Ibid.* pp 400-401.
13. Sobre los conceptos relativos a mitemas y mitologemas, cf. C. Lévi-Strauss, *Antropología estructural*, Buenos Aires, EUDEBA, 1968, especialmente pp. 191-192. También Ludolfo Paramio, *Mito e ideología*. Madrid, Alberto Corazón, 1971, pp. 33-34. Finalmente, Juan Villegas, *La estructura mítica del héroe en la novela del siglo XX*, Barcelona, Planeta, 1973, pp. 52 y ss.